

Bentomiz, cuyos habitantes eran agrestes y belicosos.

No bien el rey y sus capitanes se habian retirado á sus tiendas, despues de asentadas las estancias y reconocido el terreno, quando una columna que salió de la ciudad los acometió con tal bizzarria, que hasta el mismo soberano montó á caballo para contener á los suyos que huían sorprendidos por tan inesperado ataque. Muy en peligro se veía Fernando, y acaso lo hubiese corrido mayor, si el conde de Cabra, el marqués de Cádiz, Garcilazo de la Vega y otros caballeros no hubieran acudido prontamente en su socorro, haciendo retirar á los moros dentro de la ciudad.

Se principiaron á combatir los arrabales, que fueron tomados despues de seis horas de batirse: unos y otros con el mayor valor; se fortificaron completamente y bien guarnecidos, se pusieron al mando de don Fadrique de Toledo. También se hicieron al rededor de la ciudad trincheras y empalizadas que cortaban las comunicaciones con los sitiados y los pueblos comarcanos. El bastimento para el ejército lo condujo por mar una escuadra de quatro galeras armadas, y buen número de carabelas al mando del conde de Trevento: desde la playa se trasportaban al campo los víveres en récuas, en cuyo tránsito las mas de las veces eran acometidos los convoyes por los moros, causando pérdidas no pequeñas.

Ganados los arrabales se les intimó la rendición á los sitiados con ventajosas condiciones; pero fueron despreciadas por el consentimiento en que estaban de que serian socorridos con huestes granadinas. La mayor parte de los dias habia rebatos y escaramuzas con los moros de los lugares de la Axarquía, que ocupando las cumbres de las montañas se deslizaban á menudo sobre el ejército; lo cual motivó que el rey encargase la mayor vigilancia. Al cabo de algunos dias llegó al real parte de la artillería, pues las lombardas y otras piezas de mayor calibre quedaron en Antequera, por el mal estado de los caminos; y desde luego se pensó en batir los fuertes en toda forma.

Quando se supo en Granada que el ejército cristiano

se habia puesto en marcha para Vélez-Málaga; se hizo mayor el disgusto de sus habitantes, y la alarma corrió por la ciudad. Los alfaquís escitaron á el Zagal y á su sobrino á la paz; pero como esto era imposible, nada pudieron conseguir. Aun era mas critica la posicion de Abdallá que la del Zaguir, por quanto tenia á la vista dos enemigos, y de ninguno podia desentenderse; por otra parte, si dejaba la corte, era probable que su rival le asaltase el trono; si abandonaba á Vélez-Málaga á su propia suerte, y aquella sucumbia ante las armas cristianas, seria indudablemente el blanco del disgusto general; de manera que en uno y otro concepto su mal era inevitable. Por ello, pues, creyó lo mas oportuno transigir con Abu-Abdallá; pero este, ó mejor dicho, Aixa, no fiando en sus palabras, se negó á todo convenio, y el Zagal, comprometido cada dia mas por los alfaquís, por muchos caudillos y aun por el pueblo mismo, se decidió á partir en auxilio de la ciudad sitiada. Con veinte mil infantes y mil caballos salió de Granada una noche inopinadamente, dirigiéndose á la sierra de Bentomiz por caminos escusados y marchas forzadas, con el fin de aposeionarse de sus alturas antes que el rey Fernando tuviese noticia de su movimiento. Tan sorprendente fué por cierto para este y para su ejército la repentina aparicion de aquella hueste, quanto lo fué tambien para los de Vélez-Málaga, quienes á la vista de un ejército auxiliar, cobraron ánimo, y se prepararon no solo á defenderse, sino á atacar al enemigo en sus propios reales. Parte de una tarde y toda una noche trascurrieron sin que en uno ni otro campo se notasen síntomas de acometerse; las hogueras que los infieles encendieron, y á las que correspondieron los sitiados indicaban que se combinaba un plan contra los cristianos; por lo cual, el rey y sus demas caudillos encargaron el mayor cuidado, y que todos estuviesen dispuestos para la menor alarma. Mas esta quietud que se notaba en los muzlimes era provenida en efecto, que por el Zagal se tomaban cuantas medidas eran imaginables para obtener un triunfo, y de que habia destacado inmediatamente una fuerza de consideracion

á cortar la artilleria que ya se hallaba cerca del campamento cristiano; pero sabido por Fernando, mandó que el maestre de Alcántara saliese á impedirlo; con sus caballeros, como lo consiguió; pues Abdallá dió contra órden luego que tuvo noticia de la salida del maestre.

Bien meditado el plan de ataque, el rey de Granada escribió una carta al alcaide de Vélez-Málaga en que le hacia reseña de él, para que por un movimiento combinado y á una misma hora cayesen sobre el ejército enemigo. Esta carta, aunque entregada á un moro astuto y sagaz para que la llevase, no pudo llegar á manos de aquel alcaide; porque cogido el conductor en el camino por los vigilantes cristianos, y hallándole el documento, fué entregado al monarca, sirviéndole de norte para la conducta que debia observar. Llegada la media noche, que era la hora señalada para dar el golpe, se encendieron por los moros las hogueras convenidas; mas no correspondiendo los sitiados á la seña, la desesperacion del Zagal llegó á su colmo; y mandó que el ejército se pudiese en marcha y atacase. Poco tiempo trascurriera, cuando una gran vocería y el choque de las armas le anunciaron que en vez de sorprender al enemigo, habia él sido sorprendido. Dió orden de retirada, y que la hueste ocupara sus posiciones; se encendieron nuevas hogueras, con cuya luz observó que el ejército contrario estaba sobre las armas y dispuesto á acometerle; por lo que mandó avanzar, y sin demora bajaran sus escuadrones impetuosamente sobre los cristianos: estos, que los esperaban prevenidos y en puntos ventajosos, les hicieron retroceder, y toda la noche se sostuvo un fuego continuado por una y otra parte, si bien al amanecer comenzaron á aflojar los infieles, desesperanzados de la ayuda de los de la plaza. En esto el marqués de Cádiz subió al asalto un cerro y desalojó de él á los moros, que cubriendo en precipitada fuga alarmaron el campo, y se introdujo tal desorden y confusion, que ni los jefes ni aun el rey mismo pudo contener á los que huian poseidos del terror; creyendo eran perseguidos en todas direcciones.

nes. Disperso el ejército de esta manera; el Zagal, con los que pudo reunir, se retiró con dirección á Granada, llevando en su pecho reconcentrados el furor y la desesperación.

Consternados con esta ocurrencia los sitiados, y viendo que al día siguiente llegó al real toda la artillería que había quedado en Antequera, pidieron capitulación, que les fué otorgada, entregándose la ciudad y todos sus castillos el día veinte y siete de abril, en que hizo su entrada en ella el rey Fernando, previas las precauciones y formalidades que eran consiguientes. A consecuencia de este triunfo se entregaron á los cristianos en clase de mudejares todos los pueblos de la Axarquía y muchos de la Alpujarra, convencidos sus habitantes de que de esta manera sacaban partido mas ventajoso.

Abatido y taciturno marchaba entretanto el Zagal con dirección á Granada. La desesperación que le causara el mal éxito de su empresa, y la inquietud que pesaba sobre su corazón por las funestas consecuencias que pudiera atraerle, habían contraído de tal modo su semblante, que era bien fácil conocer el doloroso estado en que se encontraba su alma. Consideraba el contraste de las situaciones que en poco tiempo atravesara, y sus ideas fatigaban violentamente su acalorada imaginación. Había salido de Granada al frente de un poderoso ejército entre vivas y aclamaciones de un pueblo veleidoso y desleal, y volvía con solo un corto número de sus guerreros, habiendo sido los demas muertos ó dispersados; en vez de regresar ornado de laureles, se veía cubierto de baldon y mengua; aquellos vivas, aquellas aclamaciones acaso se habrían trocado en injurias y ultrages; había dejado un trono rodeado de amigos y parciales, y tal vez encuentre un profundo abismo en que se hunda para siempre.

Tales eran las imágenes que asaltaban á la mente calenturienta del anciano usurpador. Con tan amargos presentimientos llegó á las márgenes del Genil, donde hizo alto: ansiaba por una parte saber el estado en que se encontraba la población; lo temía por otra, pues un

presentimiento interior le vaticinaba una completa derrota en su carrera política: no era falso aquel presentimiento: su poder había fracasado, su vacilante trono había desaparecido; su infausto porvenir estaba escrito en el libro de los reyes: Por fin, aunque con timidez envió á Granada algunos de sus amigos para que averiguaran el estado en que se encontraba el pueblo, y observaran los síntomas, ya de adhesión, ya de odiosidad que se notasen hacia su persona: Pronto salió de la incertidumbre en que se hallaba: sus enviados tornaron muy en breve y le impusieron de que su sobrino Boabdil, asentado en el trono de la Alhambra por una general aclamación, era el único rey de Granada.

En efecto, algunos ginetes moros, que acosados por el miedo no habían dejado de correr hasta llegar á la ciudad, hicieron una reseña con mas ó menos exactitud, pero que de todos modos comprobaba la derrota, y por consiguiente la pérdida de Vélez-Málaga: esta triste nueva se difundió por la población, y con ella el disgusto y la alarma, y pronto el grito de «viva Abu-Abdalla, legítimo rey de Granada» resonó por todos los ámbitos de la corte. Las turbas que poco antes derramaran la sangre de los partidarios de aquel monarca, se lanzaron á la alcazaba, y agrupadas en la puerta del palacio, repetían cien y cien veces sus vivas y aclamaciones, como prueba ostensible de adhesión á su persona. En aquella efervescencia transitoria, Boabdil fué conducido en triunfo al régio alcázar de sus mayores, y vióse único dueño del trono, que le estaba usurpado con perfidias y levosías. Una de sus primeras atenciones para asegurarse en el poder fué la de decapitar á los mas adictos á la causa de su tío, sofocando de este modo la guerra civil, en que tanta sangre ilustre se había derramado. Solicitó y obtuvo la protección de Fernando en favor de los pueblos que habían vuelto á su obediencia, y ofrecióse como vasallo de los reyes de Castilla; ampliándose aquella gracia á los habitantes de Granada y á los de las demas poblaciones que en el término preciso de seis meses retirasen su obediencia al Zagal y reconociesen al Zaguir como único y legiti-

mo soberano. Con este motivo se restableció la paz; los brazos que antes estaban ocupados en la guerra se dedicaron con asiduidad á la labranza; y la agricultura, decaída por los trastornos políticos comenzó á prosperar; el comercio progresó admirablemente por la libertad que se concedió de poderlo hacer en todos los pueblos de Castilla y Aragon; se impulsaron las artes que se encontraban en un completo abatimiento; y por último, puede decirse que para Granada comenzó desde aquellos acontecimientos una nueva era de felicidad y venturas.

El anciano Abdallá al saber la noticia de su destitucion estuvo algun tiempo indeciso en el partido que debiera tomar; ciego de cólera y despechado al ver ilusorias todas sus esperanzas, mil y mil proyectos de venganza forjaba en su irritada imaginacion; pero pronto se desvanecian al considerar su aislamiento y su propio descrédito. Sin embargo, conociendo como conocia tan á fondo el inconstante carácter de los granadinos, no dejó de abrigar un resto de esperanza, aunque recóndito, y decidido á aprovechar cualquiera ocasion favorable que se le presentara, se retiró á Almuñecar, desde donde pasó á Almeria, escogiendo últimamente para fijar su residencia la ciudad de Guadix en la cual permaneció rodeado de sus amigos y reuniendo las tropas que le permanecieron fieles, no solo para defenderse de las asechanzas de su sobrino, sino para tenerlas dispuestas en el caso que la suerte mas propicia, le aconsejara acometer alguna nueva empresa.



CAPITULO XXXVIII.

MARCHA EL EJERCITO CRISTIANO SOBRE MALAGA. — LE PONE SITIO. — SITUACION ANGUSTIOSA DE LA CIUDAD. — ATENTADO DE UN SANTON. — DESCONTENTO DE SUS HABITANTES. — HACEN LOS SITIADOS UNA SALIDA. — CRECE LA HAMBRE. — SE RINDE.

Luego que el rey de Castilla arregló en Vélez-Málaga la administración civil y judicial, y todos los demas negocios que eran consiguientes á la conquista, se ocupó de la de Málaga, de acuerdo con los principales caudillos del ejército. Esta ciudad que era el emporio del comercio en el reino mahometano de España, y defendida por espesos muros y gigantescos baluartes, veía con dolor aproximarse la hora fatal de un asedio, cuyos males en todos conceptos debían ser terribles, y que de modo alguno podían repararse sino por medios amistosos. La gracia que Fernando habia concedido á todos los pueblos que en el término de seis meses reconociesen á Boabdil, pudiera comprenderle; y de esta manera se evitaran los perjuicios y la efusion de sangre. Compuesta la mayoría de su vecindario de comerciantes y capitalistas, que por lo comun no tienen otro norte que

su interés propio y su ambicion, conocian cuan ventajoso les seria un tratado estipulado antes de que se rompieran las hostilidades; por el contrario, los guerreros que la guarnecian estaban decididos á morir en su defensa, primero que rendirse, y que accion tan infame manchara los laureles que ornaran su frente en tantas y tantas batallas. Uno de aquellos comerciantes llamado Ali-Dordux, cuyas riquezas eran inmensas, y su opinion en todas ocasiones habia sido atendida y acatada, reunió á otros varios de los mas principales, y habiendo tratado detenidamente el punto, pasaron á la alcazaba y espusieron á su alcaide Aben-Connixa cuánto mas favorable seria entrar en negociaciones con el rey de Castilla, que insistir en una obstinada defensa, cuyo éxito seria regularmente la rendicion de la plaza ó que el enemigo entrase á viva fuerza. Demostráronle las fundadas razones que para pensar de este modo tenian, concluyendo con manifestarles que estos mismos eran los deseos de todo el vecindario. El alcaide, conociendo la fuerza de aquellas razones, se mostró propicio á la pretension del pueblo y partió para Vélez-Málaga con objeto de arreglar, si posible era, un tratado ventajoso á los intereses comunes de la ciudad.

Este paso, que no puede de ningun modo motejarse de imprudente ni precipitado, en vista de los triunfos que por doquier alcanzaban las armas cristianas, exaltó sobre manera á Hamet-Zegrí, alcaide del castillo de Gebel-Faro (Gibralfaro,) y que antes lo habia sido de Ronda. Este capitán, dotado de un incomparable orgullo militar, fiel al soberano que le recomendó la defensa y custodia de aquella plaza, como llave del reino, criado entre el rudo estrépito de las batallas, acostumbrado á arrostrar toda clase de peligros, consideró como degradante y vilipendioso para el pabellon mahometano la sumision espontánea al rey de Castilla; juzgó como traidor á Aben-Connixa, y se decidió á oponerse abiertamente á que se efectuara el tratado, con mayor motivo, siendo inexpugnables las fortalezas que defendian la poblacion, y teniendo á sus órdenes una crecida guarnicion en la que contaba con no escaso

número de gómeres, con su caudillo Ali-Derbat, cuyo valor y carácter feroz los hacía temibles en los combates. Para precaver los resultados de aquella negociación clandestina é imponer terror al pueblo, bajó á la alcazaba, seguido de su guardia, dió muerte á un hermano de Aben-Connixa, que habia quedado de lugar-teniente, y á otros varios en quienes encontró alguna oposicion; haciendo despues comparecer á su presencia á las personas mas notables de la ciudad. «El alcaide Aben-Connixa, les dijo con voz de trueno, es un traidor; puesto que ha marchado al campo cristiano para convenir con ellos la entrega de Malaga; las circunstancias son apremiantes, y os hallais en el caso de elegir otro caudillo; que defienda vuestros hogares y vuestros intereses.» La sangrienta escena que tenian á la vista y el aspecto feroz é imponente con que Hamet pronunció estas palabras, aterraron á los concurrentes: solo el temor les impulsó á responderle, que en él únicamente depositaban toda su confianza. Con esta autorizacion el Zegri recorrió los fuertes, dobló las guardias y tomó todas aquellas medidas que creyó oportunas.

No tardó mucho en saberse en el campo cristiano esta ocurrencia, por lo que terminaron las negociaciones de Aben-Connixa, y Fernando dispuso se le intimase á Hamet formalmente la rendicion. Asi se verificó; pero su respuesta fué, no haberle su rey dado la ciudad para entregar al rey de Castilla, sino para defenderla, como veria. Con esta contestacion tan concluyente el monarca cristiano dió la orden de marcha; y el dia diez y siete de Mayo (1) la emprendió el ejército por tierra, embarcándose la artilleria para evitar entorpecimientos en los malos pasos.

Para que el grueso del ejército prosiguiese el camino que era ágrío y peligroso, era necesario tomar la cumbre del cerro de S. Cristobal, inmediato al castillo de

(1) Algunas crónicas dicen que el siete.

Gibalfaro, que se hallaba ocupado por los moros. La vanguardia acometió esta empresa; y aunque aquellos lo defendieron palmo á palmo, los cristianos se hicieron dueños de él; no sin mucha pérdida de gente. La noche habia tendido su manto, haciendo mas penosa y difícil la marcha de la hueste por estrechas sendas; lo cual obligó á que se suspendiese, acampando en el parage que se consideró mas conveniente, hasta que amaneciese.

Tan luego como el horizonte comenzó á iluminarse, el ejército se puso en movimiento para ocupar los puntos mas importantes en derredor de la ciudad. Se distribuyeron las estancias y se pusieron á cargo de los caudillos mas esforzados: el marqués de Cádiz mandaba la de la Caleta, que comprendia toda la parte que descende desde el cerro de S. Cristobal hasta la playa; don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, la situada en el recuesto que se alza al frente de Gibalfaro, dando vista á los arrabales de aquella parte y á la puerta de Granada; el conde de Cifuentes la del Calvario; el conde de Feria, la establecida en la huerta llamada hoy del Acibar; don Gutierre de Padilla, claverero de Calatrava, la que se situó en el terreno que ocupa el convento de Capuchinos; el conde de Benavente la del Guadalmedina; el conde de Ureña, la que se estableció en lugar en que despues se construyó el convento de los Angeles; el duque de Naxera, detras de la huerta del Acibar; don Fadrique de Toledo, en el sitio del de Trinitarios calzados; don Hurtado de Mendoza la de la cruz de Zamarrilla; don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, en el lugar del convento de Santo Domingo; y don Alonso de Fonseca en el de Carmelitas descalzos; de manera que con estas estancias y otras no de tanta importancia que se distribuyeron en los puntos intermedios, quedó constituido el cerco por tierra, que formando un semicírculo desde el mar de Levante, la caleta al cerro de S. Cristobal, bajada á Olletas y la Victoria; y tomando por Capuchinos, Guadalmedina y la Trinidad, descendia á las huertas del Cármen y torres de Fonseca. La escuadra al mando del

conde de Trevento se apostaron en el puerto, bloqueaban la plaza por la parte de mar. Aquellos campamentos se fortificaron con fosos y vallados que circumbalaban la ciudad; y habia en ellos de toda clase de talleres necesarios al uso de la artilleria y demas operaciones de sitio.

Desembarcada aquella, se construyeron baterias, apesar de la oposicion que hicieron los cercados con certeros tiros; se levantó una en el cerro que ocupaba el marqués de Cádiz con cinco lombardas, para batir el castillo de Gibralfaro; y otra con seis en la estancia del maestro de Santiago: ademas se situaron otros tiros en parages diferentes, y que se consideraron de importancia.

Terminados los trabajos, se rompió el fuego y se principió á batir el arrabal que habia hácia Santa Ana, sus torres y la puerta de Granada: abierta brecha en el lienzo de muralla, se echaron las escalas para el asalto, que no pudo efectuarse por la obstinada resistencia que los moros opusieron; mas al dia siguiente se repitió con mayores fuerzas, y aunque aquellos continuaron su defensa con el mismo valor y bizzarria, consiguieron los cristianos, no sin gran pérdida, hacerse dueños de una torre, despues de seis horas de combate. Este continuó el dia y la noche, hasta que viéndose los moros cargados cada momento por refuerzos, que de continuo subian por la muralla, se retiraron á la ciudad, quedando por los castellanos las demas torres y arrabales. Tambien se tomó á viva fuerza el arrabal de Zamarrilla, regado su suelo con sangre de ambas huestes.

Por este tiempo se declaró la epidemia en algunos pueblos de la comarca; y muchos descontentos por este motivo y por lo largo que se hacia el sitio, se desertaron, pasándose al enemigo. Estos, con el fin sin duda de atraerse la benevolencia de los sitiados, esparcieron la voz de que el cerco se iba á levantar; lo cual sabido por Fernando, escribió á la reina que se hallaba en Córdoba, informándola de todo, y que convenia se presentase en el campamento, con el fin de desvanecer aquel rumor. Así lo ejecutó Isabel inmediatamente.

te, acompañada del cardenal Mendoza y del obispo Talavera. Su llegada á los reales causó en todo el ejército el mayor entusiasmo, así como gran desaliento en los moros, pues la presencia de la soberana desmentía los dichos de aquellos malvados.

Intimada de nuevo la rendición y despreciada por los malagueños, dispuso el rey que la estancia del marqués de Cádiz se aproximase al castillo de Gibralfaro para mejor batirlo; aunque el marqués estuvo renuente porque conocia el peligro que de ello corría, obedeció y comenzó un nutrido fuego, con el cual abrieron brechas, que dejaron á los moros indefensos. Estos, que conocieron el peligro en que se hallaban, hicieron una salida en número de tres mil, de cuyas resultas se trabó una sangrienta escaramuza que duró una hora, y de la que salió mal herido el marqués de Cádiz. Las embestidas inopinadas de los moros eran muy repetidas y causaban gran daño á los cristianos; el fuego de las baterías era continuo de sol á sol como tambien el de la escuadra dirigido á la poblacion; y de noche se arrojaban combustibles que incendiando los edificios, alumbraban con sus llamas todo el espacio.

Imponente era por cierto el cuadro que se ofrecia á la vista, á la vez que admirable y grandioso el espectáculo que presentaba la circumbalacion del sitio con tantas y tan variadas tiendas de campaña, en que hondeaban las diferentes enseñas de los mas esclarecidos campeones de Castilla, y el bullicio que causara la continua llegada al campamento de tropas, pertrechos y provisiones. Esta perspectiva con el repetido estruendo de la artillería, de los instrumentos bélicos y el estrago que aquella hacia, formaba cierto contraste tan triste y horroroso, que no podia menos de causar impresiones de dolor, aun en los corazones mas empedernidos.

Viendo el rey Fernando la obstinacion de los sitiados y dueño ya de los arrabales, mandó que las estancias se aproximasen mas á la poblacion, que se abriesen nuevos fosos, que se alzasen por algunos puntos estancadas, y tapiales por otros, quedando de este modo

mas estrecho el cerco, y el ejército mas á cubierto de los ataques del enemigo. Igualmente dispuso se construyesen manteletes, galapagos, bastidas, mantas reales y otras máquinas indispensables para el asalto; sin que durante el tiempo que se invirtiera en estos trabajos, se suspendiese el fuego contra murallas y baluartes. Desde algunos campamentos ó estancias se abrieron minas, dirigidas á la ciudad, las cuales se regaron reiteradamente con sangre, pues luego que los moros sentian inmediatos á los minadores, hacian contraminas y se empeñaban encarnizadas luchas, en que solo podia pelearse con el puñal, por la estrechez del parage.

Por este tiempo, ya los viveres faltaron en la ciudad, siendo tal la escasez de pan, que solo se repartia á los combatientes cuatro onzas por la mañana y dos á la tarde; todos los demas habitantes espermentaban los rigores de una hambre horrorosa, y no fueron pocos los que murieron de ella. El rey católico, sabedor de ello, creyó que por este fatal influjo, la plaza se rendiria prontamente, pero se equivocaba: Hamet insistia en su defensa, y preferia morir á entregarse, apesar de que la comun opinion de los vecinos estaba por la capitulacion.

Abdallá el Zagal que se hallaba aun en Guadix, noticioso del deprorable estado en que se encontraba la ciudad de Málaga, dió orden para que toda la fuerza disponible que tenia, al mando de un capitan aguerrido y valiente saliese á socorrer á aquella plaza. Su sobrino el Zaguir, sabedor de este movimiento, y dispuesto siempre á hostilizar á su tio destacó inmediatamente doble hueste que se opusiera al paso de aquel corto ejército. En esta ocasion la fortuna fué favorable para Abu-Abdallá; pues atacadas las tropas del Zagal, fueron dispersadas, y la espedicion quedó ilusoria. Esta accion del Zaguir, que bien puede considerarse como una galanteria dirigida á los reyes de Castilla, pudo muy bien constituirlo en un gran compromiso con los granadinos, por el disgusto que causara la derrota de una hueste que dirigia á auxiliar á sus correligiona-

rios de Málaga. Precaviendo Boabdil tristes resultados al tiempo de dar noticia á Fernando de su triunfo, le encarecía su crítica posicion, y le pedia le enviase algunas tropas para el mantenimiento de la tranquilidad. Como esta peticion fuese conforme con los proyectos del monarca castellano, prontamente le fué concedida, y salió del campo un destacamento para Granada al mando de Gonzalo de Córdoba, conocido después con el renombre de Gran Capitan.

Un accidente imprevisto, ocurrido á la sazón en el campamento cristiano, y en que pudo peligrar la vida de los reyes, dió lugar á que se redoblase la vigilancia y las precauciones fuesen mayores que antes. He aquí pues, como lo refiere una crónica que disfruta de crédito y reputacion. «Vivia por este tiempo en una aldea cerca de Guadix un moro anciano, llamado Abraham Alguerbí, natural de Guerva, en el reino de Tunez, el cual por muchos años habia hecho vida de ermitaño. La soledad en que vivia, sus ayunos y penitencias, junto con las revelaciones que decia tener por un ángel enviado por Mahoma, le grangearon en breve entre los habitantes del contorno la opinion de santo, y los moros naturalmente crédulos, y afectos á este género de entusiastas, respetaban como inspiraciones proféticas los desvarios de su imaginacion.»

«Presentóse un dia este visionario en las calles de Guadix, pálido el semblante, estenuado el cuerpo, y los ojos encendidos. Convocando el pueblo, declaró que Alá le habia revelado allá en su retiro, un medio de libertar á Málaga, y de confundir á los enemigos que la cercaban. Los moros le escuchaban con atencion, y mas de cuatrocientos de ellos, siando ligeramente de sus palabras, ofrecieron aventurarse con él á cualquier peligro, y obedecerle ciegamente. De este número muchos eran gomeres, que ardian en deseos de socorrer á sus paisanos, de quienes se componia principalmente la guarnicion de Málaga.»

«Pusiéronse en camino para esta ciudad, marchando de noche por sendas secretas al través de las montañas y ocultándose de dia para no ser observados. Al fin lle-

garon á unas alturas cerca de Málaga, y dieron vista al real cristiano. El campamento del marqués de Cádiz, por la parte que se estendia desde la falda del cerro, frente de Gibralfaro, hasta la orilla del mar, pareció el punto mas combatible, y consiguiente á esto, tomó el ermitaño sus medidas. Aquella noche se acercaron los moros al campamento, y permanecieron ocultos; pero la mañana siguiente, casi al alba, y cuando apenas se divisaban los objetos, dieron furiosamente y de improviso en las estancias del marqués, con intento de abrirse paso hasta la ciudad. Los cristianos, aunque sobresaltados, pelearon con esfuerzo: los moros, saltando unos los fosos y parapetos, y otros metiéndose en el agua por pasar las trincheras, lograron entrar en la plaza, en número de doscientos; los demas, casi todos fueron muertos ó prisioneros.»

«El santón, ni tomó parte en la contienda, ni quiso entrar en la ciudad: era muy otro el propósito con que venia; por lo que, apartándose del lugar, en que peleaban, se hincó de rodillas, y alzadas las manos al cielo, fingió estar en oracion. En esta actitud le hallaron los cristianos, que despues del combate andaban buscando á los fugitivos por aquellas quiebras y barrancos, y viendo que se mantenia en la misma postura, inmóvil como una estatua, llegaron á él con una mezcla de admiracion y respeto, y lo llevaron al marqués de Cádiz. A las preguntas que le hizo el marqués, respondió el moro, que era santo, y que Alá le habia revelado todo lo que habia de acontecer en aquel sitio. Quiso el marqués saber cómo y cuando se tomaria la ciudad; pero á esto dijo el santón que no le era permitido descubrir un secreto tan importante sino solo al rey ó á la reina en persona. El marqués de Cádiz, aunque nada supersticioso, todavia porque notaba en este moro algo de misterioso, y podria ser tuviese que comunicar alguna noticia interesante, determinó ponerlo en presencia de los reyes, y en la misma forma en que fué hallado, vestido un albornoz, le envió al pabellon real, rodeándole las gentes, que le llamaban el moro santo, pues ya la fama de este supuesto profeta habia cundido por el campo.»

«Dió la casualidad de hallarse el rey durmiendo, cuando lo trageron, y la reina, aunque deseaba ver á este hombre singular, mandó, por un efecto de su delicadeza, que lo guardasen fuera hasta que despertase el rey. Entre tanto, lo entraron en la tienda inmediata, donde estaban doña Beatriz de Bobadilla y don Alvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza, con algunas otras personas. El moro, que no sabia la lengua, creyó, segun el aparato y magnificencia que veia, ser aquella la tienda real, y que don Alvaro y la marquesa eran el rey y la reina. Pidió entonces un jarro de agua, que luego le fué traído; y levantando el brazo para tomarlo, aparta el albornoz con disimulo, suelta el jarro, y tirando de un terciado ó espada corta que traia oculta, dió á don Alvaro tan fiera cuchillada en la cabeza, que le postró por tierra y puso á punto de morir. En seguida se volvió contra la marquesa, á quien tiró otra cuchillada, pero no con igual acierto, por habérsele enredado el arma en las colgaduras de la tienda. Antes que pudiese repetir el golpe, se arrojaron sobre él el tesoro Ruy Lopez de Toledo y un religioso, llamado fray Juan de Velalcazar, los cuales, abrazandose con él, le tuvieron sujeto hasta que llegaron las guardias del marqués, que allí mismo le hicieron pedazos al instante.»

«Sabido por los reyes este suceso, se llenaron de horror al considerar el inminente peligro de que acababan de escapar. Los soldados tomaron el cuerpo destrozado del santón, y metiéndolo en un trabuco, lo arrojaron á la ciudad. Allí lo recogieron los gomerés, y despues de lavado y perfumado, lo enterraron con el mayor decoro y con grandes demostraciones de sentimiento. En seguida, para vengar su muerte, mataron á un cristiano de los principales que tenian cautivos, y poniendo su cadáver sobre un asno, echaron fuera el animal con direccion al campamento.»

«Desde entonces se nombraron para la custodia de las personas reales, ademas de la guardia ordinaria, doscientos caballeros hijos-dalgo de los reinos de Castilla y Aragon; se prohibió la entrada en el real á todo

moro, que no se supiese primero quién era y á qué venia, y se mandó saliesen del campo los mudejares ó valsallos moriscos, á quienes la traicion que acababa de cometerse, habia puesto en mal concepto con los cristianos:»

Ya la hambre habia llegado á su colmo dentro de Málaga; sus habitantes, estenuados y agoviados por el dolor que les causara la idea de un porvenir funesto, veian en Hamet un verdugo, mas bien que un defensor; perdidas las esperanzas de recibir socorro, y atenidos unicamente á comer carne de caballo para sustentarse, ansiaban de continuo por una capitulacion, cualesquiera que fuesen sus condiciones. El número de víctimas que diariamente se sacrificaban en las aras de la necesidad y la miseria era crecido; el padre veia morir al hijo; el hermano á la hermana; el esposo á la esposa, y no les era dado auxiliarles con el mas escaso alimento: tal era la triste situacion de una ciudad rica, populosa; y en la que poco tiempo hacia se encontraban cuantos elementos contribuir pudieran á la mas elevada prosperidad.

Al paso que en la plaza habian escaseado los alimentos, desapareciendo á la vez los medios y la esperanza de reparar aquella falta, por cuyo motivo los recursos de defensa se disminuian progresivamente; en el campamento cristiano unos y otros se aumentaban de la manera mas asombrosa. Además de las tropas y viveres que continuamente llegaban por mar y tierra, se presentó en los reales don Enrique de Guzman, duque de Medina-Sidonia, con toda la nobleza de su casa, y el resto de sus soldados, que aun no se hallaban en el ejército desde principio de la campaña, y entregó á los reyes veinte mil doblas de oro para los gastos de la guerra: tambien por orden suya surgieron en el puerto el mismo dia de su llegada cien barcos cargados de vituallas y municiones; de modo que era extraordinaria la abundancia de provisiones que habia en el campo; asi como el número de combatientes se aumentó á setenta mil con los refuerzos que se habian recibido.

Estas circunstancias, pues, agravaban de continuo la

penosa situacion de los sitiados; y á la verdad, otro caudillo que no fuera Hamet, hubiera fijado su atencion en el estado triste y calamitoso de aquel vecindario y de los soldados á quienes estaba encomendada la defensa de la ciudad, en tanto que sus fuerzas lo permitiesen; empero, un acontecimiento raro vino á ofuscar mas y mas la imaginacion de aquel alcaide, para que no viese el precipicio que tenia abierto á sus piés. Despues de la muerte del santon de que queda hecha referencia, se alzó un dervís en la poblacion, que corriendo por ella desatinadamente con una bandera blanca, profetizaba que bajo aquella enseña sagrada los moros alcanzarian una completa victoria, y que cogieran como despojos cuantas provisiones tenia el enemigo en el campo. Hamet lo hizo comparecer á su presencia, escuchó el vaticinio con el mayor respeto, y desde luego se hubiera dispuesto á salir contra los cristianos, si el santon no lo hubiera detenido, manifestándole que aun no estaba señalado el dia del triunfo: el alcaide mandó enarbolar en el castillo aquella bandera, y esperaba con impacencia que el dervís le anunciase el momento de atacar á los cristianos. El impostor se hallaba siempre al lado del alcaide, y de vez en cuando, señalando al campo contrario le decia «¡Alá-Achbar! ¡Alá-Achbar!» Dándole á entender que con la intercesion del profeta los habitantes de Málaga repararian la hambre que padecian con las provisiones del ejército enemigo. De este modo, pues, Hamet perseveró en su opinion de sostenerse, y el pueblo recobró la esperanza perdida, y con ella algun valor y entusiasmo.

En este tiempo los reyes de Castilla, con el laudable objeto de evitar la efusion de sangre y los males que pudiera ocasionar un sitio tan prolongado, determinaron intimar de nuevo la rendicion á la plaza con condiciones benéficas; mas este paso fué infructuoso, pues Hamet desechó con altivez las proposiciones. En su consecuencia se batieron las torres que habia en el arrabal de la puerta de Granada, y se entró en ellas al asalto; pero incendiadas por los moros, estos y los cristianos tuvieron que abandonarlas; mas sin embar-

go, ya destruidas y retirados los infieles se facilitaba mucho el asedio de la ciudad. Con este motivo se dió orden de que las estancias se aproximasen á la muralla, lo cual se verificó ganando el terreno palmo á palmo y regándolo con sangre, hasta aproximarse al Guadalmedina, en donde habia un puente, que se llamó despues de santo Domingo. Aquel se hallaba formado en el muro de la barrera con cuatro arcos, de sólida construccion y defendido por dos torres situadas en sus dos extremos, y pertrechadas de buena artilleria. Encargado Francisco Ramirez, inteligente y práctico general de artilleria de la toma de él no dejó de conocer lo peligroso de la empresa, pues era indispensable esponerse al horroroso fuego que desde aquellos baluartes hacian los sitiados; por lo cual dispuso se abriese una mina dirigida á la primera torre hasta llegar á sus cimientos; puso en ella una pieza de artilleria cargada; levantó un reducto lo mas próximo posible al puente, colocó en él algunos cañones, y comenzó á batir el puente. Algunas horas duró el combate, causándose mútuo estrago; pero cuando el de Ramirez creyó coyuntura favorable, puso fuego al cañon que se hallaba dentro de la mina, y á su esplosion la tierra se abrió, parte del torreon hundióse, y muchos de sus defensores perecieron entre sus escombros: los que se salvaron, atónitos y amedrentados se pasaron al otro del extremo opuesto. Ocupado por los cristianos, principió entre ambas fortalezas un nutrido fuego; mas habiendo conseguido el caudillo cristiano pasar el puente levantando parapetos de trecho en trecho, logró llegar á la torre, que abandonada por los moros, despues de una lucha obstinada y sangrienta, se apoderaron de ella los castellanos, enarbolóse en sus almenas el estandarte de Santiago, y quedó vencido el último obstáculo que se oponia á la completa conquista de la ciudad. En esta jornada fué herido Ramirez, al cual por el valor que habia desplegado el rey lo armó despues caballero.

A este tiempo ya iba desapareciendo aquella esperanza que los sitiados cobraran por la profecia del der-

vis, el estandarte sagrado permanecía fijo en el casti-  
llo, y el momento del triunfo se retrasaba demasiado.  
En tales circunstancias el pueblo amotinado clamaba  
por la capitulacion; acudió á Ali-Dordux con sus que-  
jas, y este con un respetable alfaquí, se determinó á  
presentarse á Hamet, aunque temerosos por su carác-  
ter déspota y sangriento: hiciéronle presente la situa-  
cion del vecindario y sus deseos; y escuchados por  
aquel caudillo con la mayor circunspeccion, contesto-  
les que aun era necesario sufrir y tener paciencia,  
pues Alá se apiadaria de ellos, y que el triunfo era  
seguro. Toda réplica fué inútil, el duro alcaide insistió  
en su propósito.

A poco tiempo el dervís le anunció habia llegado la  
hora de la victoria, y se aplazó la salida para el ama-  
necer del siguiente dia. En efecto, la hueste salió de  
la plaza llevando delante al santon con el pendon sa-  
grado, y entre las aclamaciones de un pueblo entusias-  
mado con los pronósticos de aquel falso profeta. Terri-  
ble fué por cierto la acometida que hicieron los infie-  
les en el campamento cristiano; así como lo fué tam-  
bien la resistencia que estos opusieron para que pene-  
traran en el interior de él. Algunas horas duró la lucha,  
durante la cual por una y otra parte se hicieron pro-  
digios de valor; un paso de terreno se disputaba con  
arroyos de sangre, y los cadáveres servian de parapet-  
tos, y para allanar los fosos: pero en lo mas encarni-  
zado del combate, el dervís, que como frenético corría  
en todas direcciones con el estandarte sagrado, fué  
herido en la frente por una piedra lanzada por una  
catapulta, dejándolo cadáver en el acto. Esta ocurrencia  
causó en los moros una completa desanimacion, y  
principiaron á huir hácia la ciudad; en vano los esfuer-  
zos de Hamet, en vano los de los demas caudillos que  
los capitaneaban: entregados á la fuga y perseguidos  
por los cristianos, entraron dentro de las murallas, lle-  
nos de terror y de espanto. El alcaide viendo inútil  
toda tentativa para contener la hueste desbandada,  
se retiró tambien á la ciudad, en donde convencido de  
que habia perdido el prestigio, que el ódio y la ani-

madversion hácia él era general, y que habia desaparecido aquel respeto, aquel temor que antes tenia subyugado al vecindario, hizo renuncia del mando de la plaza, y se retiró con su guardia al castillo de Gibralfaro.

En este estado las cosas, se nombró una junta provisional para que se entendiese con los reyes de Castilla, sobre la entrega de la ciudad, considerando á sus habitantes como mudejares ó vasallos tributarios. Mas deshechada por aquellos esta proposicion, y despues de varias contestaciones entre una y otra parte, se convino en ella á discrecion y voluntad de los soberanos, indultando solo á Ali Dordux y cuarenta familias mas, que él propuso. Se llevaron á los reales, en clase de rehenes, hasta que se hiciese la completa ocupacion de la ciudad, veinte caballeros moros de los mas principales; y don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Leon, entró á tomar posesion de ella el diez y ocho de Agosto, enarbolando en sus baluartes los estandartes de la cruz, de Santiago y de Castilla. Se permitió á todos los vecinos saliesen al campamento á aprovecharse de comestibles, con lo cual principiaron á conocer la magnificencia de aquellos soberanos.

Hamet y los suyos, viendo perdida de todo punto la esperanza de salvarse, se entregaron á discrecion, y quedaron en clase de prisioneros.

Luego que se hubieron tomado las debidas precauciones, y bendecida que fué la mezquita mayor, entraron los reyes en la ciudad con la mayor ostentacion; se pusieron en libertad los cautivos cristianos, que gemian entre cadenas; y se procedió á la distribucion de los prisioneros. Una parte se destinó á la redencion de cautivos; otra á la indemnizacion de los gastos de la guerra; y otra se repartió entre los caudillos que habian concurrido á aquella conquista. A la reina de Nápoles, hermana de Fernando, se le enviaron cincuenta moras doncellas, treinta á la de Portugal y otras muchas repartió la reina Isabel entre las damas de su corte. Al papa Inocencio VIII se le remitieron cien esclavos gomeres, que convertidos á la religion del nazareno, fueron bautizados.

Se fijó el término de ocho meses para admitir rescates indistintamente, siendo la cantidad de él treinta doblas de oro, y por cuenta de ellas debian recogerse todas las alhajas y efectos de valor que poseian. Cuatrocientos judios moriscos que se encontraban en la ciudad, los rescató otro judio banquero de Castilla, en veinte mil doblas de oro, llevándose los en dos galeras armadas.

Por último, á consecuencia de la rendicion de Málaga, se entregaron tambien algunos pueblos inmediatos; y los reyes, despues que proveyeron todo lo necesario al culto divino, y á la buena administracion, partieron para Córdoba, habiendo conferido á don Garci Fernandez Manrique la tenencia de la ciudad conquistada.

R. C. Monumental de la Alhambra y General  
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA



## CAPITULO XXXIX.

SITUACION DE BOABDIL Y EL ZAGAL.—ALGARAS DE LOS MOROS.—TOMAN LOS CRISTIANOS ALGUNAS PLAZAS.—CONTINUAN AQUELLOS SUS CORRERIAS.

La campaña del año de 1487 habia proporcionado á los reyes de Castilla, hacerse dueños de dos plazas de las mas principales del reino de Granada, y cuya conquista facilitaba extraordinariamente la de algunas otras de no menos importancia, quedando asi aislada la corte, como único y último efugio de los sectarios del Koram. Boabdil continuaba gobernando pacíficamente los pueblos que lo tenían reconocido como soberano, si bien no muy querido, á causa de la estrecha alianza contraida con los monarcas cristianos; y á Abdallá el Zagal seguia obediendo en Guadix, donde habia establecido su corte, Baza, Almeria, algunas otras poblaciones de la Alpujarra y las de la frontera de Murcia, hasta el Mediterráneo.

Terminada la guerra, y retirados los reyes á Córdoba, licenciaron el ejército, y suspendiéndose por consiguiente las hostilidades, se disfrutaba de la mayor tranquilidad. Aprovechando el Zagal estas circunstan-

cias, salió de Guadix con escogida hueste y se dirigió á la campaña de Alcalá la Real. Saqueó y quemó los pueblos, y recogiendo gran número de cautivos y ganados, regresó á Guadix cargado de despojos. Algunos alcaides cristianos que tuvieron noticia de esta cabalgada, salieron en su persecucion, pero el caudillo agareno, apresurando sus marchas, verificó su vuelta sin que aquellos le pudieran dar alcance. De esta manera, pues, se atraía el prestigio y las simpatías de sus vasallos, dispuestos siempre á esta clase de guerra.

Entrado el año de 1488, el rey Fernando dió orden para que se reuniese el ejército en Murcia, de donde salió el dia cinco de Junio con catorce mil infantes y cuatro mil caballos, entrando por el litoral del Mediterráneo á la frontera enemiga. Se le rindieron á la primera intimacion, y temiendo los resultados de un asedio, los pueblos de Vera, Vélez-Blanco, Vélez-Rubio, Cuevas, Purchena, Moxacar y otros; y pasando adelante, llegó cerca de Almería, cuyo gobierno estaba entregado al infante Zelim, pariente del Zagal. Aquel gobernador partió á su encuentro, y empeñada con la vanguardia cristiana una escaramuza, el rey, que llegó despues, mandó la retirada, por no considerarse con la fuerza necesaria para empeñar una batalla: Asi se verificó, con alguna pérdida y se dirigió el ejército hácia Baza; mas apercibido el Zagal de este movimiento le preparó una celada, que acometiendo á la vanguardia, mandada por el marqués de Cádiz, causó en ella una horrorosa carniceria, y la hizo retroceder á tiempo que llegando el rey con el resto del ejército, les protegió la retirada, y forzó á los moros á retroceder á Baza. Consiguiente á este descalabro, dispuso Fernando regresar á Murcia, nombrando por capitán mayor de todas las plazas conquistadas á don Luis Fernandez-Portocarrero.

No bien los reyes marcharon para Valladolid, despues de licenciar el ejército, dando por terminada la campaña, cuando Abdallá salió de Baza al frente de sus guerreros, y entrando á sangre y fuego por el territorio en que los cristianos habian hecho sus conquistas, to-

mó el el castillo de Nixar y pasó á cuchillo su guarnicion; siguió adelante, quemó la poblacion de Cúllar, asedió su castillo cuya guarnicion se defendió heroicamente cinco dias, al cabo de los cuales la llegada de Portocarrero forzó al enemigo á retirarse para Guadix.

Al tiempo mismo que el Zagal causaba estos estragos los moros de Almeria hicieron una entrada en tierra de Murcia, asolando sus fértiles campos y recogiendo cuantioso botin; y los de Purchena, Tabernas y otros pueblos sometidos poco hacia á los reyes de Castilla, se rebelaron y cometieron las mayores atrocidades.

En tanto que por levante los infieles ejecutaban estas correrias, Ali-Alatan, alcaide de Alhendin entró en tierra de Alhama con la mayor rapidez y cometió toda clase de atrocidades, sin dar lugar á que la guarnicion de aquella villa se preparase para salir en su persecucion: Esto, pues, dió lugar á que el rey Fernando diese órden á los adelantados de las fronteras, á fin de que aumentasen las fuerzas de los presidios, y desplegasen quanto celo y vigilancia eran posibles para evitar la sorpresa del enemigo. Esta medida tan razonable y justa, ocasionó que los rebatos y escaramuzas fuesen mas continuos y mas sangrientos; pues contando los caudillos cristianos con fuerzas para atacar y no pormanecer en la defensiva, tomaban venganza de las correrias que los moros hacian en su territorio.



## CAPITULO XL.

SALE EL REY FERNANDO A CAMPAÑA. — TOMA ALGUNAS PLAZAS.  
— SITIO DE BAZA. — ACONTECIMIENTOS OCURRIDOS EN EL. —  
CONSPIRACION EN GRANADA. — ACTIVIDAD DE LA REINA PARA  
PROVEER DE VIVERES AL EJERCITO. — ISABEL SE PRESENTA EN  
LOS REALES. — CAPITULA BAZA. — SE ENTREGAN OTRAS PLA-  
ZAS.

El día veinte y siete de Mayo de 1489 salió el rey Fernando de la ciudad de Jaen, capitaneando cuarenta mil infantes y trece mil caballos, con la artilleria y pertrechos correspondientes. Como quiera que sus proyectos fuesen sitiar á Baza, que podia considerarse como la llave de las posesiones islámicas de levante, determinó primero quitarle el apoyo de algunos pueblos que se hallaban inmediatos, y que establecido el sitio, pudieran causar al ejército considerable daño. Se dirigió, pues, á Cúllar: esta poblacion, defendida por una buena fortaleza, hizo una heroica resistencia, pero al fin se vió obligada á rendirse con un partido honroso: su alcaide Adalgar con la guarnicion, y todos los habitantes salieron para Baza con sus armas y todos sus efectos. Igualmente se rindieron al conde de Tendilla, Benzalema y Canillas.

Mientras el ejército cristiano se ocupaba en estas empresas, caminando muy poco á poco hacia la ciudad que debía asediarse, Abdallá el Zagal ordenó se reuniesen en Baza cuantas tropas tenia disponibles en Almeria y otros puntos; nombró general en jefe á su pariente el infante Cidi Yahye Almayar Aben-Zelim; y el subalterno lo encomendó á Adalgar, á Ben-Hazen y á Abul-Alí; hizo acopio de provisiones de todas clases para quince meses; encargó á aquel infante la defensa de la ciudad, y no considerando necesaria su presencia en ella, permaneció en Guadix á la observacion.

Baza, situada en un espacioso valle de tres leguas de ancho y ocho de largo, se hallaba defendida por un poderoso castillo y un fuerte muro, guarnecido de muchas y grandes torres; tenia dos arrabales, y una hilada de frondosas huertas, en donde los moros principales tenian sus casas de recreo. El ejército, pues, acampó dando vista á la poblacion, y antes de llegar á aquel vistoso vergel. La primera atencion de Fernando, luego que hubo sentado los reales, fué la de intimar la rendicion á la ciudad, que fué contestada negativamente, agradeciendo al soberano de Castilla la oferta de proposiciones ventajosas, en la confianza de sus buenas fortificaciones, y en una hueste de veinte mil combatientes que existia dentro de las murallas.

Con esta contestacion, Fernando dió las oportunas órdenes para establecer un sitio vigoroso; al efecto era preciso adelantár el campo, para que los tiros de la artilleria fuesen mas certeros; y en su consecuencia marchó delante un fuerte destacamento con el fin de impedir las acometidas de los moros, en tanto que se fortificaban las estancias, que debian situarse en las huertas, cerca de los arrabales. Aquella medida previosa surtió su efecto; pues á corto tiempo el mismo Zelim con un cuerpo numeroso de infanteria atacó á los cristianos, empeñándose un sangriento combate, que duró cerca de doce horas, y en el que de una y otra parte murieron muchos caballeros de nombradia. Por fin, habiendo cedido los moros el terreno á causa de la muerte de uno de sus caudillos, y retirándose á un pun-

to que tenían fortificado con empalizadas cerca de los arrabales: los cristianos establecieron sus estancias frente á las de los infieles, y el campo se situó en las huertas, regadas ya con sangre de los defensores de la cruz. La noche se pasó toda en un continuo combate, de manera que á la mañana siguiente horrorizaba el cuadro que presentaba el campamento: multitud de cadáveres hacnados para darles sepultura; las aguas que corrian por las acequias teñidas con sangre, el espacio cubierto de denso humo, que aun producian las torres y caserios incendiados, y por último, los soldados estenuados y agoviados de la fatiga y del cansancio, presentaban en sus semblantes la verdadera palidez de la muerte.

No dejaba de conocer el rey Fernando la esposicion y peligros que formalmente debia correr el ejército en el punto en que se habian asentado los reales; y para evitarlo, de acuerdo con sus principales capitanes, se hizo la retirada con las mayores precauciones, al lugar en que en un principio se establecieron. Sin embargo de ellas, el mismo infante Cidi Yahye salió con el objeto de atacar al enemigo; pero esta operacion fué tardida, y no surtió efecto alguno. Supuesta la gran circumbalacion de la ciudad, y el crecido número de sus defensores, se dividió el ejército en dos partes; una al mando del marqués de Cádiz, de don Luis Fernandez Portocarrero y de don Alonso de Aguilar, compuesta de ocho mil infantes, cuatro mil caballos y toda la artilleria y sus pertrechos, se situó en la falda de la siera, y en sitio opuesto á la otra division, que permaneció en el mismo lugar que ocupaba el grueso todo del ejército. Esta hueste la acaudillaba el rey de Castilla con otros varios caballeros de cuenta.

Como quiera que un campamento de otro, distaba media legua, y el terreno que mediaba entre ambos era de huertas pobladas de arboleda, dispuso el monarca que cuatro mil taladores, protegidos por fuerzas respetables, emprendiesen la devastacion sin alzar mano.

Muchas veces intentaron los moros oponerse á esta

operacion con salidas epentinas y empeñando escaramuzas, pues con ella, desaparecia su deleite y una parte considerable de su riqueza; pero sus esfuerzos fueron inútiles; al cabo de cuarenta dias de asídúo trabajo ya se hallaba desmontado todo aquel terreno.

Conseguido esto, no sin mucha efusion de sangre, y fortificados ambos campamentos con trincheras, empalizadas y otras defensas, se abrió un profundo foso desde el uno al otro real al que se guiaron las aguas de la sierra; y se fortificó tambien con empalizadas y quince castillos, construidos de trecho en trecho: iguales trabajos y con las mismas defensas se hicieron por la parte de la sierra; de cuyo modo quedó la ciudad comprendida dentro de una línea de circumbalacion, con la cual se impedia le entrasen socorros, y que los sitiados en sus salidas pudiesen penetrar en las estancias de una y otra division. Sin embargo, como la línea era tan prolongada, por fuerza en algunos puntos debía flanquear, y el enemigo se aprovechaba de ellos para asaltar el campo, provocando de este modo lances de ninguna utilidad al ejército sitiador; en su vista, el rey Fernando mandó redoblar la vigilancia en todo el campamento, y prohibió que ningun caudillo saliese á escaramuzear, particularmente como en clase de desafio. Por último, para evitar que Baza pudiese recibir socorro, situó en los caminos cuerpos de caballeria ligera, que interceptasen los convoyes; é hizo construir torres ó atalayas en todos los cerros que dominaban los reales, y en otros interiores en el territorio enemigo para que comunicasen al campo cualquiera movimiento que intentasen los moros de Guadix ú otros puntos con objeto de una sorpresa.

Estas medidas, el sitio tan estrecho que se habia establecido, la poca ó ninguna esperanza de que se levantara, y los muchos trabajos que padecian los sitiados; tenian al Zagal en el mayor disgusto, por los escasos recursos con que contaba para auxiliar la plaza, que indudablemente se veia cada dia en mayores conflictos. Con todo, su acerba situacion se dulcificaba en algun tanto al considerar el valor, patriotismo y adhesion á

su persona de que estaban dotados los caudillos á cuyo cargo habia puesto su defensa.

Por el contrario, Boabdil disfrutaba de tranquilidad en su palacio de la Alhambra, y entregado al goce de los placeres, pasaba la vida en una completa monotonía, y ageno enteramente á los cuidados de la guerra. De esta felicidad, pues, participaban tambien muchos de sus vasallos, que anteponiendo al amor de patria su sosiego, y sus intereses, encontraban en aquel período de paz humillante cuanto les era dado desear. No así otros, que acostumbrados al ruido de las armas y dotados de acendrado civismo y nacionalidad, hacian consistir sus placeres en solo el campo de batalla, ya ornando su frente con laureles, ya derramando su sangre en defensa de la patria y de la religion del profeta. Estos miraban desdeñosos la inercia en que yaciera su soberano, maldecian la sumision degradante que tenia prestada á los reyes cristianos, y censuraban su apatia, cuando hallándose sus hermanos arrostrando los peligros de un estrecho y prolongado sitio, no los socorria y auxiliaba.

Preparados de esta manera los ánimos de muchos guerreros, dieron abrigo á las instigaciones de los partidarios del Zagal, que trabajaban incesantemente, no solo para minar el trono que ocupara su sobrino, sino para aumentar los defensores de Baza; así pues, se formó dentro de la misma corte granadina una conjuracion, en la que se comprometieron toda clase de personas y de todos linages, dirigida á sorprender y asesinar á Boabdil, reunir todas las tropas que habia en la ciudad y sus contornos, marchar á Guadix, y puesto al frente de ellas el anciano Abdallá, caer de improviso sobre el ejército sitiador. Mas cuando se iban adelantando los trabajos para la ejecucion de tan vasto plan, el rey de Granada se impuso de él, y lo destruyó, haciendo rodar las cabezas de los principales conjurados por mano de verdugos. Los demas, atemorizados y sin caudillos ya, que los guiaran al triunfo y los escitaran, desistieron de tan peligrosos proyectos.

En tanto que esto acontecia en Granada; el cerco de

Baza se continuaba con el mayor tesón: no solo abundaban en el campo los víveres para todo el ejército, sino que no se carecía de ninguno de los objetos de lujo y comodidad que pudieran desearse. Atraídos por el gran lucro que la venta les producía, muchos comerciantes y artífices de varios ramos habían establecido en los reales sus tiendas y talleres; de tal modo, que mas bien parecia una corte donde se ostentaba á competencia suntuosidad y grandeza, que un campo de batalla.

Cuatro meses habían ya transcurrido desde que se estableció el sitio; y como para conducir las provisiones era necesario hacerlo por sendas asperas y escabrosas, y los gastos por consiguiente se aumentaban, los proveedores se retrajeron de hacerlo, y tal vez hubiera llegado el día de la escasez si la actividad y celo de Isabel, dotada particularmente de un genio emprendedor, no hubiera desde Jaen previsto aquella necesidad. Además de los muchos empréstitos de dinero que el clero y la nobleza le hicieron, enagenó varias rentas de la corona, y no siendo aun bastantes sus productos para cubrir los gastos de la guerra, envió á Barcelona y Valencia todas sus alhajas, donde se empeñaron por una suma considerable. Con estos fondos, pues, mandó comprar todo el trigo y cebada que se hallase en Andalucía y en los maestrazgos de Calatrava y Santiago; dispuso que aquel se elaborase en los molinos; tomó á sueldo catorce mil caballerías para su conduccion al campamento, y de este modo los convoyes se hacían diariamente, escoltados por cuerpos de tropa dedicada solo á este servicio. Del mismo modo eran continuos los refuerzos de gente, que á la mas mínima indicacion de la soberana, mandaban las casas ilustres de Castilla; quienes, puede bien decirse, pusieron sobre las armas hasta el último vasallo.

Los sitiados que observaban la abundancia que reinaba en los reales cristianos, y las tropas con que se reforzaba el ejército, iban desesperando del triunfo; con mayor motivo, cuando ya escaseaban los alimentos dentro de la plaza y veían muy proxima la hambre;

pues el bastimento que se habia hecho era para mucho menor número de combatientes, que el que despues se reunió. Solo les restaba la esperanza de que la estacion de las lluvias llegaria en breve, y que estas obligarian á los cristianos á levantar el sitio: mas esta vislumbre de consuelo pronto desapareció. Dispuso el rey Fernando, para precaver los males que aquellas pudieran causar, que las tiendas de campaña se sustituyeran con casas que se construyesen sin levantar mano; de manera que en poco tiempo el campamento se tornó en una poblacion con calles y plazas y con cuantas comodidades pueden imaginarse. Para los soldados se formaron grandes chozas, capaces de ponerlos á cubierto de la intemperie.

Empero no tardó mucho en presentarse un horroroso temporal, que inundando los reales, destruyó mucha parte de aquellas obras, poniendo al ejército en el mayor apuro. Este no pudo menos de crecer cuando por la misma causa cesaron de llegar al campo los convoyes de víveres, y estos escasearon: el desaliento se iba apoderando de aquellos guerreros, y acaso hubieran sido funestas las consecuencias, si el Todo-Poderoso que desde su trono de gloria protegía tan santa empresa, no hubiera providenciado un pronto consuelo. El temporal fué fuerte pero corto; las nubes que encapotaban la celeste bóveda desaparecieron y una atmósfera clara y despejada vino á reanimar el valor de los cristianos, recobrado de un todo á poco tiempo con la llegada de convoyes al campo. La reina Isabel, que no perdonaba medio ni fatiga alguna, luego que hubo sabido que aquellos se hallaban detenidos por el mal estado de los caminos y por las crecientes de los arroyos, mandó que seis mil operarios á las órdenes de ingenieros inteligentes saliesen á repararlos, construyendo á la vez calzadas y puentes, para que en lo sucesivo no volviesen á presentarse ostáculos de semejante naturaleza. Se habilitaron dos caminos, uno para las reacias que venian cargadas á los reales, otro para las que iban, á fin de que no se entorpeciesen el paso en sitios escabrosos: y por último, el rey de Castilla

dió disposiciones para que se reparasen los daños que el temporal habia causado en el campamento, reedificándose las casas con la solidez necesaria á evitar nueva ruina.

No cesaban los sitiados de hacer salidas aprovechando ya la oscuridad de la noche; ya los dias mas lluviosos, y ya en fin cualquier descuido que notaban en los reales cristianos: sus resultados eran solo que se deramaba mucha sangre de una y otra parte, sin que directamente refluyese á ninguna de ambas el mas pequeño beneficio; si bien los infieles sufrían un daño, cual era la disminucion de sus fuerzas. Fernando no dejaba de conocer los trabajos que el ejército estaba sufriendo, así como sabia que los sitiados se encontraban bastante apurados de viveres y dinero; por cuyo motivo dispuso se les volviese á intimar la rendicion con proposiciones benéficas, mas fueron rechazadas por Cidi Yahye y sus capitanes con la mayor cortesania.

Esta entereza dió lugar á que escribiese á la reina lo interesante que su presencia seria en los reales, como única prueba de su decision á no alzar mano en el asedio hasta que la ciudad se rindiese, consiguiendo de este modo que los sitiados depusiesen cualquier resto de esperanza que pudieran abrigar.

En efecto; la soberana dió orden de marcha sin perder un momento, y acompañada de su hija la infanta Isabel, del cardenal de España, de varios caudillos esclarecidos, de toda su servidumbre, y escoltada por una gran guardia armada de punta en blanco, se dirigió al campamento en el que fué recibida con la mayor ostentacion y entusiasmo, dando el ejército las mas ostensibles pruebas de afecto y respeto hácia su persona. Desde este momento cesaron de una manera admirable las escaramuzas, y no volvió á correr la sangre ni de uno ni de otro bando.

Tal como Fernando lo habia pensado, fué el efecto que la ida de la reina Isabel al real causó en los ánimos de los sitiados; Cidi Yahye, Mohamed Ben-Hazen y todos los demas caudillos á quienes estaba encomendada la defensa de la ciudad, llegaron á convencerse de

que los reyes de Castilla no levantarían el sitio hasta que se rindiesen; perdieron de todo punto la esperanza de salvarse, y pidieron parlamento. Para tratar de él nombró Fernando á don Gutierre de Cárdenas, comendador de Leon, y el infante Zelim al alcaide de la plaza Ben-Hazen: entre ambos caballeros se conferenció el punto, y manifestadas por el de Cárdenas las condiciones que eran de la voluntad de sus soberanos, Mohamed volvió á la ciudad para hacerlas presentes al infante, y consultarlas con los demas caballeros que en ella se hallaban. A todos pareció conveniente conocer la opinion del Zagal, y para ello, el alcaide con un salvo-conducto del rey Fernando, salió para Guadix. Aquel, luego que se hubo enterado de las proposiciones, y del estado en que se encontraba la poblacion, contestó, que no pudiendo mandar socorro alguno, obrasen del modo que creyesen mas acertado, pues no queria esponerlos á mayores males. Con tal respuesta, Cidi Yahye, de acuerdo con los demas caudillos, capituló, quedando los habitantes en la libertad de retirarse con todos sus bienes, ó de fijar su domicilio en los arrabales en el término de seis dias; en cuyo caso debían prestar juramento de fidelidad á los reyes, y de contribuirles con el tributo que pagaban á su legitimo soberano: á los caudillos que de otros puntos habian acudido al socorro de la ciudad, les fué permitido retirarse con sus caballos, armas y efectos. En el mismo término de seis dias se deberia entregar la ciudad y todas sus fortalezas, dando en el interin, como en rehenes y garantia de este convenio quince moros, hijos de los mas principales de la poblacion.

En efecto, se pusieron en poder del comendador mayor de Leon por Cidi Yahye y Mohamed Ben-Hazen; quienes pasaron al campamento cristiano á besar la mano á los reyes de Castilla. Estos los recibieron con el mayor agrado y cortesania y los colmaron de regalos; quedando tan prendados de la gracia y generosidad de la reina, particularmente el infante, que suplicó á los soberanos lo contasen en el número de sus vasallos; les ofreció sus servicios cerca del Zagal para que se hi-

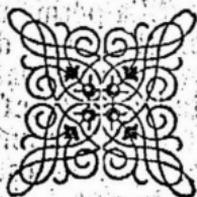
ciese su tributario, y abjuró el islamismo, abrazando la religion cristiana. La conducta que aquel príncipe observara, impulsó á Mohamed y á otros caballeros á ofrecer igualmente sus servicios á los monarcas cristianos, lo cual fué remunerado profusamente.

El dia 4 de Diciembre de 1489, despues de cerca de siete meses de sitio, se entregó la ciudad de Baza á los defensores de la cruz, quienes tuvieron la pérdida de veinte mil hombres muertos en accion, de frio y de enfermedades.

A consecuencia de este triunfo, se entregaron bajo las mismas condiciones que Baza, Almuñecar, Tabernas y muchos otros pueblos y fortalezas de la Alpujarra.

CONSEJERÍA DE CULTURA

DE ANDALUCÍA



## CAPITULO XLI.

CONVENIO ENTRE EL ZAGAL Y FERNANDO. — AQUEL ENTREGA A GUADIX Y ALMERIA. — EFECTOS QUE CAUSO EN GRANADA ESTE CONVENIO. — CRITICA SITUACION DE ABU-ABDALLA. — EL REY DE CASTILLA LE INTIMA LA ENTREGA DE GRANADA. — CONTESTACION NEGATIVA. — ROMPE BOABDIL LAS HOSTILIDADES.

Los soberanos de Castilla permanecieron en la ciudad de Baza ocupándose en el arreglo de todos los negocios como era consiguiente. Durante la permanencia de los reyes en aquella ciudad, el infante Yahye pasó á Guadix con el objeto de tener una entrevista con su pariente el Zagal, y cumplir de este modo la palabra que habia comprometido con los monarcas cristianos de ser mediador para que aquel les prestase sumision y se hiciese su tributario. En efecto, presentándose á él lo encontró abismado en tristes reflexiones, motivadas no solo por la rendicion de Baza, sino por las noticias que continuamente recibia de la entrega de otras muchas plazas y fortalezas, que como se ha dicho en el capítulo anterior, iban reconociendo á Fernando como soberano. Veia que de este modo sus estados se iban disminuyendo considerablemente, que su poder se des-

vanecía y que su trono se hundiría muy en breve para no volverse á levantar. Con tales consideraciones, el anciano Abdallá se encontraba en el mas terrible abatimiento; conocia su crítica posición; que le faltaban recursos para acometer una empresa digna de su valor; y por último, el presagio de un porvenir desastroso agobiaba su alma con el mas cruel dolor. En este estado pues, le encontró Cidi Yahye cuando se presentó á él: le puso de manifiesto las azarosas circunstancias que le rodeaban; que la fortuna le habia abandonado; que sus glorias se habian abatido, y que el imperio de la media-luna en España tocaba ya á su ocaso. Estas razones y otras de que se valió el infante para persuadir á Abdallá á que se sometiera á los vencedores, no pudieron menos de causar en él grande sensación y decidirlo á sacar el mejor partido que le fué dable; de manera que confiando en la generosidad y justicia de los reyes de Castilla, contestó á su pariente que desde luego se hallaba dispuesto á concertarse con estos soberanos. El convenio se ajustó por la mediación del mismo infante, reduciéndose á que todas las ciudades, villas, alquerías y fortalezas que poseía el rey Zagal pasasen al dominio de los monarcas cristianos, quienes lo recibían como aliado y amigo, dejándole el título de rey de Andarax con dos mil vasallos mudejares, y la posesión perpétua para él y sus sucesores de varias villas y aldeas en la Alpujarra, y las salinas de la Malaha.

Luego que Fernando terminó el arreglo de los negocios de Baza, y cometió su tenencia á don Henrique Henríquez, partió para Almería, donde se hallaba ya el Zagal esperando á los reyes de Castilla, por ser cualidad espresa del tratado que en esta ciudad debia formalizarse aquel, y hacerse la entrega de las tierras y poblaciones nuevamente adquiridas. Abdallá salió á recibirlos en un brioso caballo, vestido de negro el centro á la usanza morisca, y albornós y turbante blanco, acompañado de algunos caballeros y de una escolta de ginetes brillantemente ataviados. Al llegar delante del monarca conquistador, echó pié á tierra

Y le pidió la mano para besarla; pero este lo rehusó, en consideración al título de rey que disfrutara por algún tiempo; y conociendo á la vez cuan sensible le sería semejante humillación, lo abrazó, diciéndole volvíese á montar á caballo.

Los soberanos de Castilla solo pararon en aquella ciudad los días precisos para formalizar su entrega: pasaron despues á Guadix con el mismo objeto, y terminado éste, el Zagal salió para sus estados de Andarax. Los reyes cristianos acordaron todo lo conveniente para el buen gobierno y el establecimiento del culto católico en ambas ciudades, y nombraron para la tenencia de la primera, cuya entrega se verificó el día 22 de Diciembre de 1489, al comendador mayor de Leon, y para la de la segunda, que tuvo efecto el 14 de Enero de 1490, á don Diego Hurtado de Mendoza. Para premiar los buenos servicios que el infante Cidi Yahye habia prestado en favor de aquellos soberanos recibieron bajo su amparo á este caudillo, á su hijo y sobrinos, debiendo ser tratados como grandes de Castilla; y le concedieron para sí y sus sucesores todas las posesiones que disfrutaban en el rio de Almería, como heredadas de su padre, con otras varias grangias y cuantiosas rentas que se les señalaron de las que les pertenecian en la taha de Dalías.

En este estado los progresos de los monarcas cristianos, hechamos una ojeada sobre la corte granadina cuyos acontecimientos, durante los últimos sucesos que dejamos reseñados, son por cierto de bastante importancia.

Llegado que hubo á Granada la noticia de la capitulación del Zagal y de su suñision á Fernando, se difundió la alarma por la ciudad. El pueblo islámico, que como se ha dicho era naturalmente inconstante, que veia repetirse los triunfos de las armas castellanas, y que las plazas mas principales en que por tantos siglos tremolara el estandarte de la media-luna, se iban emancipando, haciéndose dueños de ellas los cristianos, no podia de ningun modo llevar á bien la inacción de Boabdil, ni que este mirara con indife-

rencia tantas y tantas victorias, con las cuales el trono de Granada se hallaba vacilante y se estremecía, próximo á un inmenso precipicio. Entre indeciso y conternado habia recorrido las principales calles de la poblacion, sin que al principio se notaran síntomas de hostilizar al soberano; pero reunido en grupos en la plaza de Bib-rambla, se formaban planes, se trataba de acometer árduas empresas, y se pensaba solo en la salvacion del estado. Por el contrario Abu-Abdallá, aquella fatal noticia habia causado en él el mas inesplicable gozo, por motivo de que el poder de su rival habia desaparecido completamente: mirando esta ocurrencia bajo tal punto de vista, que instantaneamente pudo presumir y aun creer las alabanzas que sus vasallos le dirigieran; por cuanto por este inopinado medio se afianzaria mas y mas la paz y buena armonia, que reinaba entre las cortes de Granada y Castilla.

Con tan equivocada idea, mandó que le alistasen un caballo, y cabalgando en él, seguido de su wacir y de otros caballeros, bajó á la ciudad para recibir las ovaciones de un pueblo entusiasmado: mas luego que entró en la plaza, y lo vieron los granadinos rodeado de pompa y de grandeza, cuando el pesar debia tenerlo retraido en su palacio, fué excesivo el furor general, hasta aquel momento reconcentrado, y profiriendo en voz alta las mas denigrantes invectivas, le dieron el epíteto de traidor y apóstata. Sorprendido y confuso se retiró al régio alcázar; si bien en la confianza de que pronto se trocaria aquel ódio en aprecio, conociendo como conocerian el bien que de la alianza con los cristianos estaban disfrutando. Esta persuasion tranquilizó en algun tanto su espíritu, esperando que muy en breve el pueblo granadino depondria el error en que se hallaba: mas un suceso inesperado vino á desvanecer sus esperanzas, y á hacer su situacion mas dura y penosa.

Una de las condiciones del tratado secreto que entre el rey cristiano y Boabdil se formalizó despues de la conquista de Loja, fué la de que luego que aquel ganase á Guadix, Baza y Almeria éste le entregaria á Gra-

nada, reservándose únicamente ciertas villas y rentas para con ellas sostenerse con el esplendor y grandeza consiguientes á su cuna. Bajo este concepto, Fernando desde la misma ciudad de Guadix reclamó el cumplimiento de aquella estipulación. Llegando á la corte el conde de Tendilla, portador de esta demanda, en los aciagos días en que el rey habia recibido el triste desengaño que el pueblo le mostrara en la plaza de Bib-Rambla. Es de presumir cual seria el dolor que le causara embajada tan apremiante en circunstancias tan críticas; mayormente cuando contaba con el apoyo de Castilla para sofocar cualquier movimiento popular que se intentase: pero confiado en la generosidad de aquel monarca, contestó evasivamente, manifestándole la imposibilidad de acceder á su petición, tanto por la situación alarmante de la población, cuanto por el número considerable de guerreros que en ella se hallaban y que de ninguna manera se prestarían á dar el último paso en contra de su religion y de sus intereses. No satisfecho Fernando con esta contestación, se dirigió á los primeros caudillos de la corte, intimándoles la entrega de la ciudad, bajo las condiciones que lo habian hecho Guadix y Almería. Esta intimación aumentó la alarma y consternación en los granadinos; y habiendo habido pareceres encontrados sobre si se debía ó no accederse á ella, se resolvió al fin negativamente, manifestando al rey cristiano, que antes que capitular, estaban dispuestos todos los guerreros que la defendían á derramar hasta la última gota de sangre.

Esta respuesta concluyente decidió á Fernando á volver sus armas contra Granada, tan luego como pasase el invierno; regresando á Córdoba, ornada su frente de laureles, y dueño ya de las plazas mas pujantes de la corona islámica, entre las cuales se contaba también Salobreña y otros castillos, que se rindieron á imitación de Guadix, reconociéndose como mudejares de los reyes de Castilla. La capitania mayor de todas las fortalezas próximas á Granada se confirió á don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, quien estableció su residencia en Alcalá la Real.

Rota la tregua con la contestacion dada por los granadinos, estos antes que Fernando, rompieron las hostilidades contra algunas fortalezas que próximas á Granada poseian los cristianos; lo cual dió motivo á que aquel soberano mandase reforzar las de Alhama, Loja, Illora, Moclín, Montefrío, Colomera y Alhendin. Proveyó así mismo cuanto creyó necesario para su seguridad; las abasteció abundantemente de víveres; recomendó el mayor cuidado y vigilancia á sus tenientes y alcaides; y por último, hizo al conde de Tendilla estrechas prevenciones, apesar de que bien conocian el celo y patriotismo de este veterano caudillo.

Sin embargo, continuaron las correrias de los moros, empeñándose escaramuzas sangrientas, y en que la suerte de las armas era varia, aunque siempre sin otro resultado ventajoso, mas que el mayor ó menor botin que se cogia.



## CAPITULO XLII.

ABRE LA CAMPAÑA EL REY CRISTIANO. — GRANADA. — TAU GENERAL EN LA VEGA. — ESCARAMUZA. — EL ZAGAL SE PRESENTA EN LOS REALES Y OFRECE A FERNANDO SUS SERVICIOS. — DISGUSTO QUE CAUSO ESTE HECHO, Y CONOCION EN GRANADA. — CORRERIAS DE LOS MOROS. — SITIA BOABDIL A SALOBREÑA. — LEVANTA EL ASEDIO. — CONSPIRACION EN GUADIX. — EL ZAGAL SE RETIRA A AFRICA.

Habia entrado la primavera del año 1490.

El ejército cristiano aun no habia salido á campaña. En la corte granadina se hacian extraordinarios aprestos de guerra.

Muy adelantada ya la estacion de las flores, el rey Fernando con veinte mil infantes y cinco mil caballos, partió para la vega de Granada, que se encontraba en su mayor lozania y poblada de numerosos rebaños que pastaban en las márgenes del Genil. No dejaba de conocer el monarca cristiano que Granada era una de aquellas plazas dificiles de asediar, por su prolongada circunferencia de murallas, lo bien fortificado de estas y los muchos defensores que dentro de ellas se encerraban. Se requeria, pues, para ello tiempo muy dilatado; siendo de creer no se rindiese ínterin tuviera co-

mestibles, de los que se hallaba abastecida con la mayor abundancia. En este concepto, era preciso antes de hostilizarla con las armas agotarle los recursos de subsistencia, que tan fecundos habian sido en tanto que durara la tregua. Convencido de ello Fernando, dispuso que la campaña de aquel año se redujese solo á practicar una escrupulosa tala en la vega, y á destruir cuanto en ella se encontrase.

En efecto, establecido el campo en la amena llanura, se destacaron partidas que no solo se ocuparon del saqueo, sino que pusieron fuego á las mieses que ya estaban de segar y á las aldeas y casas de recreo, cuyo número era excesivo. El estrago llegó hasta las mismas murallas de la ciudad, cuya osadía incitó de tal modo á los granadinos, que saliendo pelotones de moros trababan escaramuzas, en que por lo regular se llevaban el triunfo, porque nunca empeñaban lance alguno en que no conocieran ventaja; si bien no podian impedir la tala, que era el principal objeto de sus acometidas.

Prácticos en el terreno se apostaban en aguardos y celadas, situándose en puntos ventajosos, y cayendo de sorpresa sobre menor número de cristianos, estos eran deshechos en el primer ímpetu, y aquellos se retiraban con presteza, antes que pudieran rehacerse. Con este género de guerra, en que estaban sumamente diestros, y para la que era muy favorable la caballería ligera que tenian organizada, conseguian victorias parciales con poca pérdida, y la alarma continua en el ejército enemigo.

De los muchos encuentros de esta naturaleza que hubo en esta campaña, uno merece particular mencion. Uno de los muchos caballeros que con sus huestes recorrían la vega para proteger á los taladores, era uno el marqués de Villena: este caudillo y sus tropas cayeron en una emboscada que les estaba dispuesta; la caballería granadina los cargó con tal rapidez que no les dió lugar á defenderse, causando en ellos el mas considerable estrago. Entre los muertos al primer choque lo fueron don Alonso Pacheco, hermano del marqués, y

Esteban Luzon, que pereció al lado de éste; quien sostenido por un sirviente suyo, llamado Soler, natural de Cuenca, y un corto número de soldados opuso valerosa resistencia, y se hubiera visto en el mayor apuro, si oportunamente no llegase un refuerzo enviado por Fernando para proteger la retirada, cuya orden habia ya dado. Bien hubiera querido el de Pacheco caer sobre el enemigo con las nuevas fuerzas que le habian llegado; pero no queriendo faltar á lo mandado por el soberano principió á retirarse, cuando observó que Soler se hallaba apretado por cinco ó seis moros y en el mayor peligro. Con la velocidad del rayo los acometió el marqués, y matando á dos puso en fuga á los restantes; mas esta hazaña le costó por cierto harto cara, pues uno de los que huyeron, antes de su carrera le arrojó la lanza, causándole una profunda herida en el brazo derecho, de la cual quedó manco, viéndose obligado á firmar con la izquierda, aunque no le impedía jugar la lanza con la derecha. Esta desgracia, así como la muerte de su hermano, fué muy sentida del ejército, y especialmente de Fernando é Isabel, quien un dia con el donaire que la caracterizaba, preguntó al marqués porqué habia así aventurado su vida por la de un criado: aquel le contestó: *«no quiere vuestra alteza, que yo esponga una vida, por que pornia tres por mi si las tuviese!»* Esta respuesta fué muy del agrado de la reina, porque con ella se descubria una grandeza de alma, que bien podia compararse á la suya; y porque á la vez habia dado un buen ejemplo á los caballeros que la escucharon.

Tal ocurrencia y otras, aunque no de tanta monta, impulsaron al rey á que diese orden general de evitar toda escaramuza con el enemigo, y que solo se cuidase de la total devastacion de la vega. Se alzó el campo, despues de terminada aquella, dejando á los granadinos sin otras provisiones que las que tenian en la ciudad; y esperanzados solo en las que pudieran introducir de la Alpujarra ó de Africa, á donde pidieron viveres y tropas. El ejército cristiano, concluida la tala, se retiró á Córdoba.

Durante esta campaña, que duró treinta días, Boabdil triste y temeroso de la cólera de sus vasallos, se hallaba retraído en su palacia de la Alhambra, sospechoso que aquellos se exasperasen con los desastres que los cristianos causaran en la vega y atentasen contra su persona: mas el hado adverso que le perseguía, cansose, y una transición de su suerte le hizo vislumbrar un rayo de felicidad, que muy en breve desaparecería para siempre. Su tío Abdallá el Zagal, no pudiendo sobrellevar la inacción en que se encontraba en su retiro de Andarax, y por otra parte, deseoso de contribuir á arrancar la corona de Granada de las sienes de su sobrino, reunió las cortas fuerzas de que disponia, que no alcanzaban á doscientos hombres, y al frente de ellos se presentó en los reales cristianos, ofreciendo á los reyes su persona y su hueste. Este hecho irritó sobremanera á los granadinos, que hasta entonces lo habían colmado de elogios, mirándolo como víctima de su amor á la patria; mas ahora que apostatando, había tomado las armas contra ella, lo consideraban digno solo de execración como traidor y perjuró: y aquellos denuestos, aquellos improperios que allende lanzaran contra Boabdil, se dirigieron contra Abdallá con mayor encono, con mas encarnizamiento. Amotinados con tal motivo, suben á la Alhambra, se agolpan á las puertas de palacio, victorean al tímido monarca, y lo proclaman como único salvador del estado: animado el soberano con estas pruebas de estimación y de entusiasmo, se presenta orgullecido ante aquel pueblo que poco tiempo habia lo consideraba como baldon y mengua de la raza musulmana, ofreciéndole salir á campaña y derramar hasta la última gota de sangre en defensa de su religion y del estado. Muy pronto tuvo efecto aquella oferta.

No bien el ejército de Fernando habia desalojado la vega, cuando el rey de Granada, al frente de una brillante y numerosa hueste se dirigió al castillo de Alhendin, distante de aquella ciudad poco mas de una legua: duró seis días su asedio, durante los cuales Mendo de Quesada y su guarnición dieron las mayores prue-

bas de valor y heroísmo. Empero agoviados de sueño y de cansancio, y hechos dueños los moros de la barbana en uno de sus reiterados asaltos, se vieron obligados los cristianos á retirarse al castillo. En vano tendian la vista por la devastada campiña; en vano esperaban algun socorro que les evitara rendirse; su suerte estaba decidida. Protegidos con manteletes los infieles hicieron una profunda escavacion en los cimientos de la torre principal, á donde los defensores de la fortaleza se habian retraido, dejándola sostenida sobre cuantos de madera. (1) El peligro habia llegado á su último término; la esperanza de auxilio desvanecida, y escaso ya el número de defensores por los muchos que habian muerto, se encontraban en la triste disyuntiva de rendirse ó perecer entre ruinas. En tal conflicto; el alcaide, bien á su pesar, hizo señal de parlamento, se suspendieron las maniobras para destruir el torreón; Mendo de Quesada y los suyos se rindiéron, quedando como prisioneros. Siguió adelante el ejército; tomó las fortalezas de Bolodny y Marchena, y regresó á la corte, en donde el jóven soberano recibió las ovaciones de un pueblo entusiasmado con aquellos pasajeros triunfos. A consecuencia de ellos tornaron al poder de Boabdil algunos pueblos sujetos á los cristianos.

A poco tiempo, doscientos ginetes ó igual número de peones salieron de Granada con direccion á la frontera de Jaen. La reserva y la rapipez con que hicieron la marcha, fueron causa de coger desprevenidos á los alcaides de la fortaleza; de modo que sin oposicion alguna hicieron su correria, cogiendo en ella mucho ganado y número crecido de prisioneros; con cuyos despojos volvian á Granada descuidados y sin sospechar encuentro alguno del enemigo. El conde de Tendilla que tuvo noticia, aunque tarde, de esta cabalgada, salió precipitadamente de Alcalá la Real con ciento cincuenta ginetes, y situándose en el barranco de Barcina, á tres

---

(1) Puntales.

leguas de Granada, esperó su regreso. Allí permanecieron ocultos, hasta que á la tarde siguiente, con aviso el conde de sus adalides de que ya se aproximaban, dió orden de montar á caballo, y disponerse para atacar. No tardaron en llegar; los cristianos cayeron sobre ellos con tal pujanza, que al primer encuentro quedaron deshechos completamente: unos pocos pudieron salvarse á favor de la noche; los demas quedaron muertos ó prisioneros. Reconocidos los cautivos que traían, se supo eran unos marchantes que se dirigian á Baeza, por lo que se les restituyó la libertad y el ganado que les pertenecia. Los despojos cogidos á los moros consistieron en caballos, armas y algunos objetos de valor.

Como cada dia se hiciese mas imperiosa la necesidad de abastecer á Granada de viveres, los cuales tenian que importarse del estrangero, y para ello fuese preciso hacerse dueño de algun punto de la costa, fijó su vista en Salobreña, cuyo alcaide, Francisco Ramirez de Madrid, en aquel tiempo se hallaba en Córdoba, y su guarnicion era escasa. Con la mayor premura se puso en marcha, capitaneando una hueste numerosa, con el proyecto de rendir aquella plaza antes que pudiera recibir socorro. Tan luego como se presentó delante de sus muros, sus vecinos, que eran mudejarcas, segun se ha dicho, abrieron las puertas de la poblacion, y el ejército agareno se hizo dueño de ella. La guarnicion se retiró al castillo donde hizo una vigorosa defensa, esperanzada en recibir auxilio, y decidida á sostenerse á todo trance. Don Francisco Henriquez, gobernador de Velez-Málaga, con noticia que tuvo de esta expedicion, reunió las tropas que pudo, partió inmediatamente y superando los grandes obstáculos que se le presentaron por la aspereza del camino, llegó felizmente al peñon ó promontorio llamado de Salobreña, no atreviéndose á tomar otra posicion mas próxima al campamento infiel, por no ser tan aventajada y no querer esponer su corta fuerza á un choque, cuyos resultados fuesen funestos.

Entre los caudillos que acompañaban á don Francis-

co era uno Hernan Perez del Pulgar: este fogoso é intrépido caballero, dispuesto siempre á acometer árdudas empresas, habia ya reconocido la línea de circunvalación de la fortaleza, y observado en esta un postigo que daba al campo, se propuso que él le diese entrada para reunirse con sus compatriotas. Comunicado en secreto este proyecto con algunos amigos de su confianza, los halló conformes en seguirlo, y todos se dispusieron al efecto. Puesto Pulgar á su cabeza, se lanzaron con la mayor velocidad por el punto del campamento que conocieron mas descuidado, y llegando á aquella entrada antes que los moros pudieran reponerse de la sorpresa que les causara tan temerario arrojado, se les abrió la puerta, y penetraron en la ciudadela sin el menor contratiempo. Con este refuerzo, pues, aunque corto, los sitiados cobraron valor, y se dispusieron á hacer su resistencia mas vigorosamente.

Boabdil que tenia noticia de la escasez de agua que habia en el castilló, esperaba tranquilo que se le rindiese; mas Hernan Perez que lo supo, dispuso que por los adarves se le arrojase un cantaró de agua y un vaso de plata. Este hecho irritó de tal manera al rey Zaguir que desde entonces los asaltos, aunque sin efecto, eran repetidos, y la guarnición se veia ya acosada del cansancio y de la sed. En tan critica posicion llegó á dar vista á la plaza una flota con bandera castellana: era don Francisco Ramirez de Madrid con los socorros que tanto se anhelaban. Desembarcó en una isleta (1) no muy distante de tierra, en donde se acampó, temiendo internarse por la corta fuerza que llevaba. Sin embargo, tanto este como Henriquez prestaron muy buen servicio á los sitiados, pues cuando los moros emprendian algun asalto, ellos salian de sus campamentos, se lanzaban sobre los reales enemigos, y llamándoles la atencion de esta manera, quedaron ilusorios todos sus esfuerzos.

---

(1) Acaso la rambla de Cabrias.

Continuaba aun el rey de Granada, en la idea de rendir la fortaleza, cuando supo que el de Castilla se aproximaba á marchas forzadas, por lo que inmediatamente levantó el sitio, y se retiró causando quanto estrago le fué dable en su tránsito hasta la corte.

El rey Fernando, que por este tiempo tenia ya alistado su ejército para hacer una segunda tala en la yega, con objeto de quitar á los granadinos la cosecha de los frutos tardidos, con aviso que se le dió del sitio de Salobreña, apresuró la marcha para socorrer la plaza; pero levantado aquel, retrocedió, y entrando en la campiña granadina, quedó completamente asolada, en quince dias que permaneció en ella; hizo desmantelar la fortaleza de Borjú-l-maleha y otras y se retiró. Boabdil y sus vasallos veian con dolor estos desastres; y aunque pusieron de su parte para impedirlos, no les fué posible.

Por este tiempo habia estallado en Guadix una conspiracion, ramificada en Almeria, Baza y otros pueblos.

El marqués de Villena partió inmediatamente para aquella ciudad, hechó de ella á los moros, y les cerró las puertas. Estos desgraciados imploraron la clemencia del soberano, que á poco tiempo entró en Guadix; pero fueron desoidos sus ruegos, haciéndoseles saber fijasen su residencia en otros puntos, como lo verificaron, llevando consigo todos sus bienes. Los mudejares de Baza y Almeria, á quienes se les comunicó igual orden, le dieron asi mismo cumplimiento, retirandose unos á Africa, y los que no quisieron espatriarse, se avecindaron en lugares abiertos, para evitar que reiterasen sus proyectos de rebelion.

Finalmente, hallándose aun en Guadix el rey de Castilla, se le presentó Abdallá el Zagal, que habiendo perdido el prestigio que sus hazañas le adquirieran, y aborrecido del corto número de sus vasallos por haber cooperado á la ruina del trono de Granada, se hallaba decidido á pasar á Africa, y pretendia, que pasando al estado las veinte y tres poblaciones que poseía, se le diese su equivalente en metálico.

Fernando accedió á esta pretension, y mandó que se

le entregasen cinco millones de maravedis, y un salvoconducto para que no se le opusiese impedimento en su marcha. Esta la verificó inmediatamente con su familia y tesoros, embarcándose para Africa: Fernando dispuso que se dismantelase la fortaleza de Andarax y todas las demas de aquel territorio.

Tal fué el fin de la carrera del Zagal en España: pero aun lo fué peor en aquel continente; pues considerado por el rey de Fetz como traidor, y causante de la ruina del poder mahometano en España, fué condenado á que se le privase de la vista, lo que se ejecutó, pasandole por delante de los ojos una plancha de cobre candente; siendo además privado de sus riquezas, que fueron confiscadas. Asi, pues, arrastró una vida triste, desdichada y miserable, hasta que la parca lo lanzó al sepulcro.

P. G. Monumental de la Alhambra y Gencera  
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA ANDALUCIA

